# Palabra NUEVA

ARQUIDIOCESIS DE LA HABANA AÑO I NUMERO 5 SEPTIEMBRE 1992

## Festividad de

# NUESTRA SEÑORA DE LA CARIDAD

## Patrona de Cuba

*Vivamos la Caridad*

8 de septiembre de 1992

# DIACONOS CASADOS PARA SERVIR

**por: Angel Alvarez, diácono**

Hacia el siglo IV, el diaconado permanente adquiere su máximo esplendor. Ya en este siglo, los diáconos desarrollaban sus actividad en los tres ámbitos clásicos del ministerio pastoral: la liturgia, la palabra y la caridad.

Entre los siglos IX y X, el diaconado camina hacia la decadencia. Las causas fueron múltiples y no todas aparecen con claridad. Su mayor debilidad fue, tal vez, la de no haber podido definirse a sí mismo. Con el anuncio del Concilio Vaticano II, hecho por Juan XXIII en enero de 1959, comenzará una serie de esfuerzos por los amigos del diaconado, que ayudan a desarrollar la idea, hasta madurar, plasmándose en un proyecto concreto. Estos esfuerzos tienen su génesis en circunstancias críticas: el escenario fue el campo de concentración nazi de Dachau (Munich). Varios sacerdotes, prisioneros en aquel campo, contemplando el futuro negro que se avecinaba para la Iglesia, diezmada en su presbiterio, tuvieron el feliz propósito de restaurar el diaconado permanente. Un origen hermoso y digno del mayor respeto acompañaba el nacimiento de una idea que veintitantos años después, encontraría su razón de existir en la realidad de la Iglesia contemporánea.

En el Congreso Internacional del Apostolado Laical (Roma, octubre de 1957), el Papa Pío XII dedicó al tema del diaconado permanente unas frases, que se convertían para los observadores en algo así como la promesa de una posible consideración por parte del magisterio de la Iglesia.

Se dice que en los tiempos preparatorios al Concilio Vaticano II, la situación inicial no parecía, sin embargo, ni clara, ni favorable a la causa del diaconado permanente. Pero ésta siguió adelante y triunfó; y en el otoño de 1964, concretamente el 30 de septiembre, el diaconado permanente estaba de nuevo en la Historia, votado y aprobado por los Padres conciliares, según puede leerse en varios documentos del Concilio (LG,29;Ad gentes,16). De esta forma, esta gran reunión de todos los obispos del mundo con el Papa a la cabeza, afirmaba la posibilidad de establecer un "grado inferior de la jerarquía", que sea propio y permanente. Y es esto lo que constituye una novedad, ya que el diaconado era considerado como un escalón para el sacerdocio o presbiterado. De ahora en adelante, no sólo será considerado un escalón previo al sacerdocio, sino que de acuerdo con la doctrina antigua, el diaconado existe o puede existir como un grado jerárquico establecido sacramentalmente de una manera propia y permanente. El diácono pertenece realmente a la jerarquía eclesiástica y, a pesar de que siga siendo un hombre de este tiempo, que vive una profesión y en muchos casos tiene una familia, su estado no es ya el estado laical.

En el obispo se da la totalidad de los ministerios presbiteral y diaconal; pero ello no significa que los anula o convierte en simples vicarios suyos. Significa simplemente que, parte del ministerio pleno del obispo, está en el presbítero y en el diácono, los cuales actúan sólo en comunión con él.; pero su acción se realiza en nombre y con la autoridad de Cristo, mediante la fuerza del Espíritu, en virtud de la ordenación sacramental.

Una diferencia, que se percibe con toda facilidad, radica en que el diácono no posee la potestad de celebrar la Eucaristía ni de administrar el sacramento de la Penitencia, que pertenecen, según la doctrina del Concilio de Trento, al presbítero.Es evidente, también, que existen una serie de funciones y oficios, que hoy ostentan los presbíteros y son más bien patrimonio del diácono, pero las circunstancias históricas las pusieron en manos de aquéllos en la ausencia, de tantos siglos, del diaconado permanente.

El diácono será una ayuda eficaz en la evangelización y en la catequesis básica para la iniciación cristiana y el matrimonio, no sólo tiene una responsabilidad en la formación de asambleas de oración en comunidades sin sacerdotes, en el culto de los domingos, en la administración de los sacramentos y sacramentales, en la canalización de las devociones populares, en la liturgia de la palabra, de novios y de matrimonios, en la asistencia a reuniones matrimoniales, asociaciones y movimientos, la ayuda a misiones populares, a lugares de peregrinación, comentarios del Evangelio en celebraciones no sacramentales y, por qué no decirlo, en los medios de comunicación social y en la elaboración de una dialéctica cristiana en el seno de las profesiones, e incluso, en la administración de obras de caridad que estaban en manos de eclesiásticos, o que la necesidad inspire.

Para todo esto, nuestros obispos han decidido establecer en Cuba de Diaconado Permanente, y ya desde septiembre de 1988, un grupo de doce aspirantes, que han estado formándose por espacio de estos años, han sido incorporados posteriormente al Orden de Tercer Grado: el Diaconado para ejercer su ministerio al servicio de la Arquidiócesis de La Habana.

El diaconado permanente se ha hecho presente en nuestra Iglesia cubana como un don del Espíritu y como una responsabilidad de todos. Estamos seguros, y Dios así lo permita, que la restauración en los tiempos que corren de esta antigua institución apostólica, será un bien ganancial para nuestra Iglesia y para nuestro pueblo.

# MARIA, ESTRELLA DE LA EVANGELIZACION

**por: Pbro. Ramón Suárez Polcari**

La Evangelización en Cuba, como en los demás pueblos de nuestro Continente, se vió notablemente apoyada en la devoción a la Santísima Virgen.

Macaca y Cusiba nos recuerdan los primeros encuentros de nuestros aborígenes con la Fe católica. Y éstos fueron a través de la Madre de Dios.

El surgimiento de las primeras villas se ve presidido por el título de la Asunción de María. Quiso la Divina Providencia sellar esta devoción mariana de nuestro pueblo con el regalo de un hallazgo extraordinario. El proceso de la Colonización se afianzaba en "tierra firme" y toda la atención se desviaba hacia los Virreynatos de la Nueva España y del Perú, edificados sobre los imperios Azteca e Inca, conquistados en la segunda mitad del siglo XVI. La Isla de Cuba se encontraba en un período de oscuridad, con una población muy disminuída, una economía precaria, el ataque contínuo de piratas y corsarios y una Iglesia pobre en recursos humanos y materiales. En aquellos años en que el Obispo de las Cabezas Altamirano era rescatado del secuestro de los piratas, ocurre un hecho trascendental para la Iglesia en Cuba.

**El Hallazgo de la imagen de la Virgen.**

La vida transcurría muy sencilla en el Hato de Barajagua, territorio de las minas de cobre de Santiago del Prado, 16 kms. al Oeste de Santiago de Cuba. El mayoral, Miguel Galán, había despachado a dos indios y un niño esclavo para que buscaran sal en las salinas de la Bahía de Nipe al Norte de la región oriental.

Los hermanos Juan y Rodrigo de Hoyos con Juan Moreno, un esclavo criollo de 10 años de edad, llegaron al Cayo Francés para ranchear y pasaron allí la noche. "Embarcados en una canoa para la dicha salina, vieron un bulto blanco sobre la espuma del agua que no distinguieron qué podría ser, y acercándose más les pareció pájaro y ramas secas. Dijeron dichos indios: -Parece una niña; y en estos discursos llegados, reconocieron y vieron la imagen de Nuestra Señora de la Virgen Santísima con un Niño Jesús en los brazos sobre una tablita pequeña y en dicha tablita unas letras grandes las cuales leyó Rodrigo y decían: 'Yo soy la Virgen de la Caridad' y siendo sus vestiduras de ropaje, se admiraron que no estaban mojadas. Y en ésto llenos de gozo y alegría, cogiendo sólo tres tercios de sal vinieron para el Hato de Barajagua".(Declaración hecha por Juan Moreno el 1 de abril de 1687 ante el Párroco del lugar Juan Ortiz Montejo. Del Legajo encontrado en el Archivo de Indias, Sevilla, por el profesor Leví Marrero).

**Primera estancia de la Virgen.**

Después de atravesar la región de Norte a Sur, en la primera procesión de la imagen por la Isla, y llegados al Hato, se informó al mayoral y al administrador de las Minas de todo lo ocurrido.

Este último ordenó, de inmediato, se construyera una casa de tablas de palma y techo de guano y envió una lámpara de cobre para que siempre estuviera encendida en honor a la Madre de Dios.

**Desapariciones de la Imagen y construcción de la Ermita.**

Encargado Rodrigo de Hoyos de cuidar la imagen y mantener la lámpara, refirió la desaparición de la imagen por dos veces y que luego aparecía con sus ropas mojadas. Don Francisco Sánchez de Moya, administrador de la minas, envió al Padre Bonilla, franciscano, Cura del lugar, acompañado por toda la Infantería Real y mucha gente de la población para que se trajera la imagen y fuera colocada en un altar de la Iglesia Parroquial hasta que se le construyera una ermita. Se celebró fiesta de Misa cantada y sermón, y se invocó al Espíritu Santo para que les indicara el lugar de la edificación.

Por tres noches consecutivas, se vieron tres luces arriba en el cerro de la mina. Este hecho extraordinario fue interpretado como el deseo de la Virgen de que fuera en ese lugar donde se construyera la Ermita que, más tarde, se trasladaría dos cuadras más al Oeste.

Al poco tiempo, comenzaron las peregrinaciones de los devotos procedentes de Santiago de Cuba y de San Salvador de Bayamo.

Se encargó al Hermano Matías de Olivera para que atendiera la Ermita donde, todas las tardes, se rezaba a coro el Santo Rosario, invocando a "la Virgen Santísima María Madre de Dios y Señora de la Caridad y de los Remedios".

**Los primeros Capellanes.**

La devoción a la Santísima Virgen, movió al Padre Onofre de Fonseca a retirarse a la Ermita, donde sirvió por muchos años, atendiendo al culto y a los peregrinos que a ella acudían. Allí terminó santamente sus días.

El Padre Tomás Bravo siguió su ejemplo y atendió la Ermita sin más recompensa que su devoción a la Virgen.

Los Licenciados Manuel Cabral de Melo y Baltasar Moreno Girón, se unieron para aportar una suma de dinero que permitiera, en lo adelante, el nombramiento de un Capellán para aquella Ermita que, por la gran devoción alcanzada, se transformó en Santuario. En el siglo XIX, San Antonio María Claret, siendo Arzobispo de Santiago de Cuba, consagró toda la Arquidiócesis a la Virgen de la Caridad del Cobre.

La Virgen de la Caridad fue nombrada Patrona de Cuba el 10 de mayo de 1916, por el Papa Benedicto XV, accediendo a la petición escrita por dos mil veteranos de las guerras de Independencia. El 20 de diciembre de 1936, bajo el pontificado de Pío XI, fue coronada la imagen original. El Papa Pablo VI, el 22 de diciembre de 1977, concedió el título de Basílica Menor al Santuario Nacional del Cobre.

# CUESTION DE DIMENSIONES

por: Mons. Carlos Manuel de Céspedes

Aquel hombre no salía de su sorpresa, navegaba de un sobresalto gratificante a otro por un País Desconocido en el que casi todo sucedía de manera diversa a la que él conocía en su País Propio en el que variados grupos humanos vivían, más o menos. En el País Desconocido -no lograba saber a ciencia cierta en donde estaba: ¡todo era tan distinto!- había algunas personas de mayor estatura que las demás, que no se encorvaban para emparejarse con el resto y mostraban las dimensiones extraordinarias de su organismo sin disimulo ni vergüenza; tampoco se vanagloriaban de ellas, pues no eran ostentosos ni prepotentes. Es más, estaban convencidos de que al actuar así, como ellos actuaban, brindaban un servicio al resto, precisamente el servicio primario que les estaba asignado por Quien ordenaba las reglas del juego en ese País Desconocido. Y los que integraban el resto, se alegraban de ello y contemplaban y admiraban las enormes dimensiones bien proporcionadas de las que carecía la mayoría de los hombres. Sabían estos hombres que integraban el resto del País Desconocido, que la mayor estatura de algunos enriquecía a todos los demás y que, de tanto contemplar y admirar con gozo, ellos también crecerían un poco y -¡quién sabe!- algunos también lograrían la estatura excepcional. Por nada del mundo se les habría ocurrido tumbar a los más grandes para reducirlos a sus proporciones chatas; ni siquiera murmurar sospechas acerca de ellos que los obligaran, al fin del susurro, a agacharse, a no mostrar sus dimensiones personales extraordinarias, para poder sobrevivir con una brizna de tranquilidad.

Un ruido alteró el viaje de Aquel Hombre por el País Desconocido y lo regresó al País Propio. Despertó. Cuando, ya bien despabilado, Aquel Hombre se percató de que el País Desconocido sólo existía en el Mundo de los Sueños y de la Fantasía, procedió rápidamente a realizar los cotidianos ejercicios de reducción y encogimiento y se dispuso a comenzar de nuevo su vida ordinaria, aparentando tener las dimensiones pequeñas del resto de los hombres. Porque en el País Propio del Mundo Real, discurrir con dimensiones extraordinarias, aunque sean las objetivas, las que en realidad una persona posee por don innato o por adquisición, o un poco por ambas vías, es sumamente riesgoso y acarrea muchas complicaciones. Los grandes que se atreven a asomarse a la calle con esa estatura que la mayoría no tiene, son molidos a palos hasta que, achatándose, caen por tierra. Además, a su paso, son siempre objeto de comentarios en susurro -murmuración les llaman- que nacen de una fuente sin nombre, tan cercana a la Fuente de la Envidia que, en ocasiones, se confunde con ella. Lo que interesa primordialmente a ese resto mayoritario, es que nadie sobresalga de las dimensiones chatas, porque si bien en el País Desconocido del Mundo de los Sueños y de la Fantasía el resto opina -es su experiencia- que contemplando y admirando la estatura extraordinaria todos crecen un poco, en el País Propio del Mundo Real, por el contrario, los hombres del resto mayoritario se sienten como humillados ante los más grandes -parece que no toleran su propia pequeñez- y por éso obligan a rebajarse a los grandes. Consecuentemente, nadie crece; es más: la estatura media de los hombres del País Propio del Mundo Real está en contínua disminución. Esos habitantes pequeños -la mayoría- al renunciar a la capacidad del pasmo generoso ante los genuinamente grandes, considerados entonces como seres paradigmáticos, se han condenado al empequeñecimiento progresivo, ya que el pasmo generoso ante lo grande es el único nutriente que ayuda a crecer.

La Habana, 21 de junio de 1992.

# ALGUNAS CUESTIONES EN TORNO A LA MUERTE

**por: Juan José Rodríguez**

No hay dudas de que vivimos en una época donde la información y la preocupación con respecto a la salud y las enfermedades han adquirido gran auge. Periódicos, revistas, programas de radio y televisión son medios a través de los cuales se mantiene constantemente vivo el tema.

Esta situación contrasta notablemente con la ausencia casi total de una reflexión pública o privada sobre la muerte y los problemas éticos relacionados con ella.

Para acercarnos a este tema desde una perspectiva cristiana creo que debemos considerar dos cuestiones fundamentales y que a primera vista pueden parecer paradójicas. La primera es el carácter inviolable de la vida humana y la segunda, nuestra fe de que con la muerte no acaba todo.

Si ponemos el énfasis en la primera, parecería que nos aferramos desproporcionadamente aun bien finito -la vida- y nos cerramos a toda trascendencia.

Si priorizamos la segunda, parecería que le quitamos todo valor a una plena realización humana en el orden temporal y consideramos la vida no más que como un puente a otra realidad.

Sin embargo, si queremos ser fieles a nuestra fe, debemos mantener a la vez ambas perspectivas que pueden estar ocasionalmente en tensión pero no necesariamente en conflicto.Consideremoslas más de cerca: la primera de estas realidades es el carácter inviolable de la vida humana como don de Dios y premisa para la realización concreta de cualquier otro valor. El cristiano debe recalcar de manera enfática y coherente esta inviolabilidad de la vida desde el momento mismo de la concepción: así estará -por principio- contra el aborto, la pena de muerte, las guerras y la eutanasia. Sobre ésta última quiero ampliar brevemente.

Lo que originalmente y como indica su misma etimología significaba "buena muerte", es decir, morir en un marco humano, sin grandes dolores, rodeado de los seres queridos y después de haber tenido una vida fructífera, ha tomado sin embargo desde el siglo pasado un carácter más bien negativo, reservándose la palabra para describir la práctica de la supresión de la vida a los seres humanos considerados indignos para ella.

Pensando en los niños sub-normales, los enfermos mentales, los incurables, los pertenecientes a las "razas inferiores", Nietzsche reclamaba la eutanasia "para los parásitos de la sociedad, para esos enfermos a los que ni siquiera conviene vivir más tiempo pues vegetan indignamente sin noción del porvenir". Ya sabemos cuán aterradoramente se materializaron esas ideas en la Alemania Nazi.

Actualmente los que abogan por la eutanasia la reclaman con nombres como "el derecho a morir" y la aplican sobre todo a las acciones médicas tendientes a provocar directamente la muerte a una persona que generalmente por verse afectada por una enfermedad incurable, a veces en sus mismos comienzos, decide que no quiere seguir viviendo. Es una especie de "suicidio asistido" como se ha ejemplificado en el reciente caso de un patólogo norteamericano, J. Kevorkian, quien ha provisto asesoría y los medios necesarios a varias mujeres que se encontraban en esta situación.

Los medios informativos se han referido a él como "El doctor de la muerte".

Desde la antiguedad la profesión médica ha sido contraria a este tipo de acciones. El juramento de Hipócrates del siglo V antes de Cristo dice textualmente en su tercer párrafo: "Jamás daré a nadie medicamento mortal, por mucho que me soliciten, ni administraré abortivo a mujer alguna".

Independientemente de las peligross consecuencias que tal práctica conlleva (ampliación del criterio sobre quiénes son los que deben morir y sobre quién tiene el poder para tomar tal decisión, deformación del carácter de la práctica médica, etc.) la misma va contra un valos fundamental de tipo apriorístico que debemos defender de modo absoluto, el valor de la vida misma.

La segunda realidad a la que habíamos hecho referencia y que un cristiano siempre debe recordar, es que la muerte no es la palabra final. Sobre ella también Cristo ha vencido.

Nuestra cultura occidental ha tratado en los últimos tiempos cada vez más de suprimir la muerte de la conciencia de los individuos y de ocultar los moribundos de la sociedad.

Por una parte hay -como en otras muchas áreas- una banalización de la muerte; según un estudio se calcula que en Norteamérica, un niño al llegar a los 14 años de edad ha presenciado alrededor de 18 mil muertes por la televisión, muertes que no pueden afectarlo existencialmente y donde además se destaca la casi invulnerabilidad de los héroes, por otra parte hay escaso contacto con la muerte real, son raras las muertes por enfermedades en niños o gente joven, la mayoría de las personas muere hoy día en hospitales, a veces en salas donde por su misma naturaleza de especialización hasta las visitas son limitadas. Los mé-

dicos tienden a evitar hablar sobre la muerte. En los hospitales rara vez se usa la palabra, se prefiere el eufemismo latino "exitus letalis" o sencillamente "exitus" (salida).

En un folleto de ética médica publicado en nuestro país en 1983 se recomienda "mantener en los casos de enfermedades de curso fatal, absoluta o relativa reserva sobre el diagnóstico y pronóstico en relación con el paciente y seleccionar a quién se debe dar esa información con el tacto necesario". Cuando finalmente llega el desenlace de esas "enfermedades de curso fatal" se evita incluso mencionarlas por sus nombres, de ahí aquello de "producto de una repentina afección" o "tras una larga y penosa enfermedad..."

Los funerales en la casa son una cosa del pasado y en algunos países se han tecnificado hasta un punto tal que los familiares no tienen prácticamente nada que hacer; en general la atmósfera en las funerarias no es la más adecuada para invitar a una reflexión seria. No hay una cultura de la muerte, un "ars moriendi" o arte de morir, se evita cualquier reflexión racional sobre la muerte, la cual como otras muchas realidades humanas puede también ser instrumentalizada y vivimos como si ella no existiera.

Un cristiano cree que la muerte de cada día al egoísmo y al pecado y la muerte en sentido biológico, son un paso, una pascua, una necesidad para llegar al encuentro definitivo con el Señor. En la muerte el ser humano es asumido de modo personal en esa realidad también personal pero primera y última que llamamos Dios.

Cuando no se tiene esta perspectiva, que mira más allá de la muerte, hay la tentación de aferrarse a la vida de una manera obsesiva y desde el punto de vista médico se pueden producir situaciones que últimamente se vienen llamando de distanasia o mala muerte.

Es sobre todo con las modernas técnicas de reanimación en unidades de cuidados intensivos donde se producen estos casos de encarnizamiento terapéutico en personas mantenidas artificialmente "en vida" después que se ha diagnosticado la muerte cerebral o en todo caso después que se ha hecho evidente la irreversibilidad de la situación y la incapacidad de poder llevar a cabo una vida con conciencia y libertad.

En estos casos puede darse un auténtico conflicto de valores, por una parte el valor de la inviolabilidad de la vida y por la otra, el único valor que puede entrar en conflicto con éste, el valor de morir con dignidad humana, valor enraizado también en la globalidad de la persona. En estos casos irreversibles y donde ya no hay conciencia ni libertad, sin caer nunca en la eutanasia, es decir, sin provocar directamente la muerte, se puede dejar morir en paz al enfermo sin tener que estar obligados a tomar medidas que mantengan esa vida artificial, lo que incluye también el retirar los equipos de reanimación. Ya en 1957, el Papa Pío XII había dicho:

"Si es evidente que la tentativa de reanimación constituye en realidad para la familia tal peso que no se le puede en conciencia imponer, ella puede insistir lícitamente para que el médico interrumpa sus intentos y el médico puede condescender lícitamente con esa petición. No hay en este caso ninguna disposición directa de la vida del paciente, ni eutanasia, la cual no sería lícita" (AAS, 49, 1957).

Estos principios se amplían también para incluir los casos en que es lícito negarse a una intervención quirúrgica u otro tipo de tratamiento que imponga serias cargas físicas, psíquicas o económicas cuando los mismos sólo pueden retrasar brevemente la llegada de la muerte. En estos casos de pacientes terminales hay que recalcar con igual insistencia que no es lo mismo hacer morir que dejar morir.

En una cultura que no haya suprimido la reflexión sobre la muerte y que la haya sabido integrar dentro de un marco de sentido, y recordemos que se ha dicho que es la pérdida del sentido de la vida lo que conlleva a una pérdida del sentido de la muerte, el médico no tiene que experimentar necesariamente -cuando se hizo todo lo racionalmente posible- que su actuación ha sido un fracaso ni que cuando la muerte llega, él deba retirarse, sino que puede acompañar también al paciente y sus familiares hasta el último momento.

Si Dios nunca abandona al hombre ni en las situaciones límite, las enfermedades y la llegada de la muerte no deben ser momentos de angustia y desesperación sino de reflexión, humanización y entrega.

# REFLEXION EN TORNO A LA EDUCACION

por: Juan Ernesto Montoro

Septiembre es un mes de inicios. Lo demuestra el cambio de vida en la ciudad; los jóvenes en uniforme, otros con sus libros bajo el brazo, los temas de conversación que giran en torno a la nueva escuela, el recién comenzado curso, o las expectativas ante la vida laboral.

El comienzo de un curso escolar es siempre significativo. La familia se interesa por todo aquello que se relaciona con las condiciones en que estudiará cualquiera de sus miembros. Las expectativas que caracterizan a agosto se van diluyendo apenas iniciado septiembre. Se trata de continuar estudiando, formándose como "persona socialmente útil", y esto por supuesto, interesa a todos.

Presa de este interés quisiera reflexionar -de manera general, por razones evidentes- sobre algunos aspectos de nuestro proceso educativo.

La educación extendida a amplios niveles sociales es, sin duda alguna, un logro significativo de cualquier Estado. Expresa un potencial de fuerzas considerable, que en el futuro se supone, sirvan al país según sus capacidades y necesidades.

Pero educar, no es impartir un programa de clases. Tiene un contenido más profundo que se confunde con las fronteras de otro concepto pedagógico clave: formar.

Ambos suponen la transmisión sistemática de conocimientos, por parte de un personal especializado -los maestros y profesores- de manera que el educando se forme gradualmente una visión generalizada y rica en matices, del mundo que le rodea a través de la Historia, la Literatura, las Ciencias Naturales, etc.

Pero a la par que aprende ésto, debe concientizar también que él es parte de esa realidad a la cual debe en cierto modo su sentido actual y en la que -en un futuro- actuará como sujeto activo.

Para ello la relación maestro-alumno debe ser una comunicación constante. El diálogo constructivo que caracteriza este proceso es la base no sólo de una buena clase impartida sino también de cualquier saber bien aprendido. La escuela debe ir más allá de sus límites, ésto se ha repetido en infinidad de ocasiones. Pero casi siempre se ignoran -o al menos no se aclaran- cuáles son los caminos por los que debe proyectarse un saber aplicado.

Tengo la impresión de que existen los mismos límites sociales para todos los niveles de educación. Y ésto parece entorpecer la posibilidad infinita de renovación social que toda nación tiene cuando ha desarrollado un extenso programa educacional.

Nuestro país puede mostrar con orgullo una larga lista de educadores (en el sentido amplio del término que incluye formadores) en toda su historia. Casi todos -y digo casi para no violentar la regla- han tenido que ver directa o indirectamente con la búsqueda de soluciones a nuestro destino nacional. Este rasgo había marcado profunda y favorablemente a la pedagogía cubana. Más allá de las aulas, el pensamiento de maestros y discípulos se expandía como pólvora en discusiones de distinto tipo -y niveles-, encaminadas a encontrar aciertos para el presente que garantizarán futuras realidades. No importan las posiciones asumidas que -en toda sociedad normal, es decir, libre, democrática- deben ser diversas pues, ¿cómo concebir un sistema educacional -a nivel de nación- marcado por la homogeneidad de criterios personales?

Nuestra propia historia desmiente que la fuerza de un país esté en la igualdad de pensamiento de sus individuos. Basta mirar al siglo XIX cubano, esencial para la consolidación de las ideas de distinto signo y en el que asoman constantemente las polémicas entre educadores o, entre educadores y educandos. Tales polémicas, muchas de ellas fundamentales para nuestra cultura, se expresaban a través de revistas y periódicos que son -casi siempre- los medios masivos en los que se proyecta la educación más allá de las aulas. Sin polémicas es imposible educar y, mucho menos, formar.

Cuando se asume una tarea tan compleja como es la educación de una sociedad, no es menor asunto brindar las posibilidades para que sean expuestos los resultados de la misma y ésto, sólo es posible a través de la disputa en términos de cada ciencia sobre los problemas y aplicaciones a la realidad. Es -a nuestro modo de ver- el camino fructífero que recorre el verdadero saber.

Pero esta prolongación vital de la educación en la sociedad necesita -como antes apuntábamos- de un permanente diálogo profesor-alumno. No sólo -se entiende- sobre temáticas docentes, sino de aspectos relacionados con la vida

misma de las personas, del país, etc. El maestro asume una responsabilidad ante las generaciones de educandos de la cual es difícil prescindir.

Fundamentalmente en etapas de la vida caracterizadas por el escepticismo y el cuestionamiento de todo -o de casi todo-, los maestros, los verdaderos maestros, son imprescindibles. Y no hablo de sabios o de contadas excepciones, hablo de personas sencillas y sensibles, capaces de instruir, de crear intereses, de incitar a la polémica y encauzarla, personas que se caracterizan por su entrega desinteresada ante aquellos que, saben, serán los formadores del futuro.

Ciertamente no nos caracteriza en la actualidad este tipo de maestros. Si pensamos que generaciones enteras han sido "educadas" bajo un prisma ideológico homogéneo, poco podemos exigir en cuanto a variedad de intereses y mucho menos -lo cual no es responsabilidad exclusiva de los maestros- sobre la reanimación de viejas y fundamentales polémicas.

La educación cubana se ha vuelto unidireccional. Maestros y alumnos se enfrentan -en todos los niveles- a programas de estudio que varían en matices pero excluyen -a base de readaptaciones constantes- cualquier posibilidad de cambio sustancial en aras de actualizarse y objetivarse, como debe suceder en toda ciencia cuando es seriamente impartida.

En materia de ciencias sociales ésto resulta cada vez más incoherente.

La educación en Cuba, si bien cuenta con una infraestructura considerable, se inserta en la inercia social característica de una época que se resiste a la polémica porque "ha olvidado" que ésta -cuando se ejerce seriamente- es la base de renovaciones en el campo de las ideas y de la sociedad.

Cuando se habla -a viva voz- de salvar la nación cubana, resulta esencial reconocer que la nación cubana no es una ideología, no es un grupo, ni un partido. Nación es un concepto que nuclea lo diverso de un amplio conglomerado social activo, que supone, se eduque en una dinámica cuya finalidad es enriquecer y actualizar la realidad. Los jóvenes maestros de hoy, ¿serán acaso una generación sin polémica? Si así fuese, ¿qué papel jugarían en nuestro destino? Para encontrar una respuesta hay que esperar.

De un lado tenemos, una tradición pedagógica que ha marcado considerablemente nuestra historia. De otro lado, nuevas generaciones de maestros y alumnos que se disponen -en situaciones difíciles- a comenzar otro curso escolar. La balanza parece inclinarse hacia el presente, pues el olvido y la indiferencia se han integrado como bases de nuestra cultura. Lo que sólo puede cuestionarse desde una perspectiva científica, se relaciona obedeciendo a otros imperativos. El riesgo es alto si tenemos en cuenta que nuestra historia es -si se quiere- bastante reciente y no sería saludable -para el presente ni para el futuro del país- que se edifique desde posiciones unilaterales. Aunque difícil y a largo plazo, es tarea de formadores enseñar a los jóvenes que Cuba no puede prescindir de su pasado con todo lo que éste significa porque de éste se alimenta. Si lo olvidamos, si no se enseña con la seriedad y amplitud que requiere, es poco probable que las nuevas generaciones crean en ello, y como casi siempre sucede, tampoco creerían en sí mismos pues sobre la levedad no puede edificarse ningún proyecto de vida.

## NOTA

Hemos recibido una carta del Sr. José Enrique Collazo, referente al artículo sobre "San Lázaro" publicado en el númer 1 de nuestra revista, dándonos su opinión y varias sugerencias sobre el tema allí tratado. Agradecemos s preocupación y le informamos que sus sugerencias han sido enviadas a la Comisión Episcopal de Liturgia Santuarios.

A nuestros lectores:

Si usted considera tener algún material o trabajo escrito que pueda ser de interés general, puede enviarlo a nuestra dirección, en el Arzobispado de La Habana.

El Consejo de Redacción

Palabra Nueva es una publicación del Departamento de Medios de Comunicación Social del Arzobispado de La Habana.
Director: Orlando Márquez
Consejo de Redacción:
Mons. Carlos Manuel de Céspedes
Dr. Juan José Rodríguez
Pbro. Ramón Suárez Polcari
Lic. Juan Ernesto Montoro